Profundo Amor E Ingratitud

Pastor Oscar Arocha
04 de Enero, 2009
Iglesia Bautista de la Gracia
Santiago, República Dominicana

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Isaías 53:4

El contexto de este versículo es la profecía de los sufrimientos del Ungido de Dios, el Señor Jesucristo; aquí el profeta señala la humildad o bajeza del nacimiento del Señor Jesús: "Subió como un retoño delante de él, y como una raíz de tierra seca. No hay parecer en él, ni hermosura; lo vimos, pero no tenía atractivo como para que lo deseáramos" (v2); luego añade la manera de Su aparición en el mundo: "Fue despreciado y desechado por los hombres, varón de dolores y experimentado en el sufrimiento. Y como escondimos de él el rostro, lo menospreciamos y no lo estimamos" (v3); y ahora, el profeta dirige nuestra atención hacia la muerte o pasión, en cuyo texto, no sólo se describen Sus agonías y sufrimientos, sino también la causa, por los pecados del hombre, primeramente por los judíos y luego por los gentiles, por nosotros: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido."

Aquí se ven dos asuntos: **Uno**, La ingratitud natural del ser humano: "Nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido." **Dos**, El Profundo amor de Cristo: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores."

I. La Ingratitud Natural Del Ser Humano

El texto presenta esa ingratitud de manera doble, por censura y desprecio: "Y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido." Por desprecio: Para los judíos la lepra era una de las mayores expresiones del disgusto divino sobre una persona, y Jesús hubo de ser tenido como un leproso; como si todas Sus calamidades vinieron por el justo juicio de Dios contra El. Sufrió mucho: "Azotado, herido y abatido". Es cierto que fue herido por Dios, pero no en el sentido como los hombres lo consideraron, un malhechor. Por censura: Este fue correcto, aunque incorrecta la forma que lo aplicaron, porque ninguno pudo verlo siendo herido por el Padre en el lugar de los pecadores; esto es, por nosotros. Y hoy mismo esta visión en su esencia sigue igual, porque la tendencia natural será o más bien es, que los hombres todavía ven a Cristo como uno cualquiera, no como el Hijo de Dios. Para muchos El es muy conocido, no así para ellos mismos; es poco estimado, y así estaba profetizado, porque el profeta se pregunta: "¿Quién ha creído a nuestro anuncio?" (v1).

Mea culpa. Al oír estas palabras uno piensa en la ingratitud del prójimo hacia Cristo, y aquí debemos ser honestos con nosotros mismos, y decir como lo hace el escritor divino: "Y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido"; él no dice ellos o aquellos, sino "nosotros"; por mucho años lo tuvimos como un cualquiera, un mero mártir, cuando lo cierto es que no es así, El es nuestro Hermoso Salvador. Aquí debemos confesar que somos muy ingratos con Jesús, nuestra estima por El y por Su obra es muy baja. No es extraño que nuestros prejuicios sean los que tengan la voz cantante de nuestros juicios y consideraciones, por lo que no debe sorprender que tan a menudo estemos equivocados. Aún cuando se presentó y aún hoy día se presenta claramente a todo el pueblo, pocos quieren creer en El, y otros tantos son muy lentos para servirle, cuando la gratitud debiera llenar nuestros corazones siempre para obedecerle en todo y en todo tiempo. *Esa es la ingratitud natural del hombre, y siendo contra el Creador debiera hacernos sentir más avergonzados*.

II. El Incuestionable Amor de Cristo

La Biblia pone un énfasis especial y se deleita en proclamarlo, que Cristo cargó la culpa de nuestros pecados o que llevó el castigo por nuestras faltas. El sacrificio levítico tenía doble función, llevar las iniquidades y quitar la culpa.

El sacrificio del Señor Jesús reunía los dos corderos, el sacrificado y el dejado escapar: "Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas. Ningún hombre estará en el tabernáculo de reunión cuando él entre a hacer la expiación en el santuario, hasta que él salga, y haya hecho la expiación por sí, por su casa y por toda la congregación de Israel. Y saldrá al altar que está delante de Jehová, y lo expiará, y tomará de la sangre del becerro y de la sangre del macho cabrío, y la pondrá sobre los cuernos del altar alrededor. Y esparcirá sobre él de la sangre con su dedo siete veces, y lo limpiará, y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel. Cuando hubiere acabado de expiar el santuario y el tabernáculo de reunión y el altar, hará traer el macho cabrío vivo; y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto." (Lev.16:16-22). Murió como cordero inmolado y resucitó como el escapado, los dolores de la muerte no pudieron retenerle. Jesús murió por nosotros y alejó de nosotros nuestras maldades, y varios textos lo anuncian con deleite: "El mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero a fin de que nosotros, habiendo muerto para los pecados, vivamos para la justicia. Por sus heridas habéis sido sanados... Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para quitar los pecados de muchos... He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (1Ped.2:24; Heb.9:28; Jn.1:29).

El tomó nuestros pecados o que mediante la fe le entregamos nuestras transgresiones y rebeliones para que tuviésemos Su **justicia**. Cristo hace un intercambio con nosotros: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2Co.5:21); esto es, que mediante este intercambio Dios Padre nos ha dado la pureza, bondad, sabiduría y santidad de Jesucristo; Su justicia, justicia de Dios. ¡Qué buen negocio: Dar nuestras miserias para que nos den riquezas! Todo lo malo, feo, vergonzoso y despreciable en el pecador lo toma Cristo para Sí mismo y muere con ellos. El es pecado por nosotros, y nosotros justicia en El. Entiéndase por justicia Su obediencia perfecta a la Ley de Dios. En el Pacto de la Gracia los intercambios son así: "El Creyente sale ganando y Cristo muriendo. El Hijo de Dios fue hecho el Hijo del hombre, para que los hombres puedan venir a ser los hijos de Dios." O que toma nuestras miserias y por fe tomamos Su gloria. Nacido de mujer para que seamos hijos de Dios.

El sacrificio de Cristo no sólo es infinitamente valioso, sino también muy **hermoso**; porque hay enfermedades contagiosas y cuando el enfermo ha contagiado a otros él mismo no se sana. Pero en el caso de Cristo es maravilloso, como Dios en Su misericordia ha hecho que nuestro pecado lo contagie para curarnos; fue contagiado para librarnos de la culpa, del dominio y del castigo por el pecado. Ahora el pecado no reina en los que son de Cristo, y por Su Gracia van creciendo en vida nueva para lo gloria de Dios y el bien eterno de sus almas. El alma es restaurada a la salud: "El mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero a fin de que nosotros, habiendo muerto para los pecados, vivamos para la justicia. Por sus heridas habéis sido sanados" (1Ped.2:24). Como alguien ha dicho: "Cuando la enfermedad se acerca, la salud se aleja y el cuerpo muere, se pierde la vida. Cuando el pecado está presente, Dios se aleja y el alma se condena. Pero si el pecado es quitado, Dios se acerca y el hombre se salva, vive".

APLICACIÓN

1. Hermano: Sean estas verdades para descubrir ante tus ojos el amor de Cristo. Este amor es visto no sólo en que quitó tus culpas, sino que la tomó sobre Su propio cuerpo de carne y hueso. Tus pecados le trajeron la muerte para que pudieses vivir. Lo más opuesto a lo alto es lo bajo; a lo puro es lo impuro, y a lo santo es el pecado. Es sencillamente una sublime Gracia que siendo Cristo lo más puro y sublime, que los cielos son sucios delante de Sus ojos; en cambio, por ti y por mi se hizo pecado: "El anuló el acta que había contra nosotros, que por sus decretos nos era contraria, y la ha

quitado de en medio al clavarla en su cruz" (Col.2:14); la maravilla de un rico es hacerse lo contrario, pobre para enriquecer a sus enemigos.

Aprende, pues, y no lo olvides, que el pecado es tu enfermedad; o que mientras más santa y piadosa sea tu alma, más saludable tu mente y corazón. La enfermedad abate y desfigura la belleza del cuerpo, así el pecado con tu alma. Mira un alma saludable en un cuerpo enfermo: "Al amado Gayo, mi oración es que seas prosperado en todas las cosas y que tengas salud, así como prospera tu alma" (3Jn.1:2).

2. Hermano: Esfuérzate en alcanzar la certeza de tu entendimiento, de tal modo que seas capaz de consolarte a ti mismo. Como un ejercicio beneficioso para tu alma acostúmbrate a decirte a ti mismo: Cristo murió por mis pecados. Y esto te cuidarás de no hacer en la práctica a Dios un mentiroso: "El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo" (1Jn.5:10). He aquí el testimonio o juramento del Espíritu: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores". Muchos no se atreven a decir con franqueza y denuedo que Cristo compró su salvación, y toman la declaración con aparente sentido de humildad, pero te digo que la verdadera humildad comienza con un claro sentido de que somos impíos, rebeldes y extraviados. Entonces si eres pecador consciente podrás decir con verdadera humildad: "Cristo vino al mundo a salvar a los pecadores, entre los cuales yo soy el primero" (1Tim.1:15). Mientras tú le confieses como tu Señor y Salvador, implícitamente estarás confesándote como impío y pecador; eso sería humildad.

Dirá alguien: Pero quizás yo no he sido perdonado y sería muy presumido decir que Cristo murió por mi. Respuesta: Si Dios no te ha excluido, no te excluyas tú. Mira como está escrito: "Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (1Tim.2:4). Aunque todo hombre impío no puede decir que sus pecados han sido perdonados, no obstante Dios le ha mandado venir a Cristo para el perdón de sus pecados: "El ha mandado a todos los hombres, en todo lugar que se arrepientan" (Hech.17:31). Pero ciertamente Cristo murió por nuestros pecados.

AMÉN